COLECCION

DE LAS MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y

MODERNO ESPAÑOL.



MADRID:

Librería de D. J. Cuesta, calle de Carretas, n.º 9:
Depósito central de toda clase de comedias, zarzuelas, óperas y sainetes, tanto del Teatro antiguo como moderno.

COMEDIAS DEL TEATRO MODERNO.

Abate l' Epeé.
Acelina.
Adolfo y Clara ó los dos presos.
Agamenon (tragedia).
Ali-Bek.
Amantes generosos.
Amor y la intriga.
A la vejez viruelas.
A Madrid me vuelvo.
Abenabó.
Alfredo.
Amores de Sopeton.
Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pié de la letra.
Amor por el tejado ó la Marcela.
Andaluza en el laberinto.
Atahualpa (tragedia).
Bandolero.
Borrascas de un Bodegon.
Bravío de Sevilla.
Bella labradora.
Blanca y Montcasin (tragedia).
Bosque peligroso.
Cecilia y Dorsan.
Califa de Bagdad. (ópera).
Chismoso (El).
Clementina y Desormes.
Cadma y Signoris.
Calavera (El).
Caliche.
Camila (tragedia).
Casamiento por fuerza.
Castillos en el aire.
Citas (Las).
Citas debajo del olmo.
Cocinero (El) y el secretario.
Condesa de Castilla.
Coquetismo y presuncion.
Costumbres de antaño.
Cuantas veo tantas quiero.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
Cada mochuelo á su olivo.
Carnaval de Nápoles.
Celos del tio Macaco.
Cigarrera de Cádiz.
Con título y sin fortuna.
Cuakero y la cómica.
Chaquetas y fraques.
Duque de Viseo.
Deber y la naturaleza.
Don Dieguit o.
Don Pedro de Portugal (tragedia).
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
Don Sancho García de Castilla.
Doña María Pacheco.
Dorotea (La).
Dos preceptores.
Dos sargentos franceses.
Don Sancho el Bravo.
Don Tello de Guzman.
Doncel de Don Fernando (El).
Dos compadres.
Dos Seminaristas.
Dido.
Doña Inés deCastro.
Dos sobrinos.
Del Rey abajo ninguno, García del Castañar. (Corregida por Hartcenbuch).

EL LEÑADOR ESCOCÉS.

COMEDIA

EN TRES ACTOS EN PROSA.

POR

C. P. M. S.



VALENCIA:

IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.

1830.

El teatro representa un bosque; á la izquierda una cabaña de leñador con un letrero que diga: Leñador del bosque. *La apertura ha de ser música de caza. Empieza á apuntar el dia.*

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Jaime, Jorge y muchos emisarios de la Condesa llegan todos en desorden.

Jaim. ¡Ay Jesus! Estoy cansado, molido: ¡maldita espedicion!

Jorg. Esta es la segunda vez que el Duque se nos escapa; pero á lo menos ya estamos seguros de que caza en este bosque.

Jaim. Algo es algo; pero ninguno de nosotros le conoce, y sus señas son tan confusas... Mire Vm., tio, volvámonos al castillo, si Vm. quiere seguir mi consejo.

Jorg. No, con mil diablos; buen recibimiento nos esperaba.

Jaim. Es cierto que la Condesa de Ribesdale, nuestra respetable señora, es la muger mas terrible del mundo.

Jorg. ¡Si te escuchara!

Jaim. ¡Oh! no hay peligro... pero dígame

Vm., tio, Vm. que tiene la confianza de toda la casa, ¿que es lo que ha hecho este pobre Duque á nuestra ama para que le tenga asi entre dientes?

Jorg. Tonto, ¿no ves que eso es amor?

Jaim. ¡Amor! vaya, ¡Vm. se chancea! ¿con que el amor hace que la Condesa le nombre con arrebatos de cólera?

Jorg. Sin duda.

Jaim. ¿Con que el amor hace que le mande agarrar para encerrarle en el castillo?

Jorg. Cabalmente.

Jaim. ¿Con que el amor hace que haya mandado componer aquel calabozo bonito y pequeño, donde no entra la luz ni de dia ni de noche?

Jorg. Sí, ¡Dios mio! sí, y mil veces sí.

Jaim. Dios me libre de una enamorada tan enamorada... pero, ¿como se han descompuesto?

Jorg. El Duque tiene la culpa. Habia prometido casarse con ella para dar fin á las disputas de interes; pero desde que conoció el genio altanero de nuestra ama, rompió con ella, y no quiso que le hablasen mas de boda... eso es malo, muy malo.

Jaim. Tiene Vm. razon, malísimo... acaso tendrá él algun amorcillo secreto.

Jorg. Se sospecha; pero sea lo que fuere, la Condesa picada de una conducta tan injuriosa, y no pudiendo ahogar la pasion que Eduardo le inspira, ha jurado...

Jaim. ¿Casarse con él, mal que le pese?

Jorg. Eso es... y como es preciso agarrarle para la empresa que medita, cuenta con nuestro celo y nuestra discrecion.

Jaim. ¡Oh! ¡en cuanto á discrecion!... Mire Vm., tio, yo no sabia una palabra de lo que Vm. acaba de decirme; pero, no importa, jamas hablaré de ello.

Jorg. Silencio, que aqui viene la Condesa con su sobrina.

ESCENA II.

Dichos, la Condesa, Isabel y dos Escuderos.

Cond. Que el coche y los criados me esperen al pie de la montaña, porque no tardaré en volver al castillo. Jorge, mi (1) impaciencia no me ha permitido esperar

1 *Vanse los criados.*

tu vuelta para saber el resultado de tus pesquisas... ¿Se escapará el pérfido de mi venganza?

Jorg. El Lord Eduardo, señora Condesa, tiene una dicha incomprensible. Dos veces ha estado á pique de caer en nuestras manos, y por casualidades extraordinarias se ha librado las dos veces; pero nuestro valor se aumenta con la dificultad, y no saldremos del bosque hasta que el Duque de Brenbalden esté en nuestro poder.

Isab. Querido Eduardo, cada instante se aumenta mi sobresalto. (*ap.*)

Cond. No economices mi dinero, ni vasallos para tentar el último esfuerzo y asegurar su éxito (1).

Jorg. Parece que vienen cazando por este lado... yo os dejo: señora, amigos seguidme. (*vanse.*)

ESCENA III.

Condesa é Isabel.

Cond. Ya estoy cerca del momento deseado

1 *Corneta toca.*

que va á lavar la ofensa que he recibido... ¿Conoces, Isabel, los atractivos que tiene para mí el dia de hoy?

Isab. Ha mucho tiempo, señora, que vuestra bondad me obliga á mirar vuestras opiniones como leyes que debo respetar... pero confieso que en esta ocasion no puedo participar de vuestro regocijo: sea temor ó compasion, tiemblo al pensar en el odio que divide dos parientes destinados antes á vivir en la mas dulce union.

Cond. ¡Que mal conoces mi corazon!

Isa. ¡Ah! si el amor reinase en él todavía, ¿recurririais á unos medios tan violentos para asegurar vuestra felicidad?

Cond. El cruel me ha precisado á este extremo con sus desdenes y su indiferencia, me ha oprimido con rigor, me ha despreciado, me ha entregado á la desesperacion... ¡y quieres que le perdone!... jamas.

Isab. De ese modo, ¿nada podrá disuadiros del proyecto que habeis concebido?

Cond. Nada, sino el arrepentimiento de Eduardo y el juramento de consagrarme su vida.

Isab. ¡Ah, señora! si me permitierais...

Cond. ¡Que, Isabel! cuando me ultraja un enemigo cruel, tú que eres mi sobrina, tú á quien mi bondad ha criado como hija propia, tú, ¿tú te atreves á hablar en favor del culpable, y á tomar su defensa? ¿De donde nace tanta compasion, ó tanta ingratitud?

Isab. ¡Querido Eduardo! (*ap.*)

Cond. ¿Suspiras, Isabel?

Isab. Los peligros á que os exponeis persiguiendo á vuestro enemigo...

Cond. Nada temas.

Isab. ¡Ah! nada temo por mí.

Cond. Estoy resuelta. Eduardo será mi prisionero en esta misma mañana; y esta noche será forzoso que me siga al altar.

Isab. ¡Que oigo, Dios mio!... (*ap.*)

Cond. Ya es demasiado padecer.

ESCENA IV.

Sale Jaime al paño.

Jaim. Señora Condesa, señora Condesa.

Cond. Alguno viene.

Jaim. Señora, de esta vez es nuestro.

Isab. Toda mi sangre se ha helado. (*ap*).

Jaim. Cuando digo que es nuestro, quiero decir que va á ser nuestro; pero es lo mismo.

Cond. Explícate.

Jaim. Le perseguiamos desde bastante lejos, porque le acompañaban muchos señores; cuando hemos visto separarse del grueso de la tropa como una docena de caballeros que se han entrado por lo mas espeso del bosque hácia la Aldabia. Un lugareño que hemos prendido nos ha asegurado que ha conocido al Duque entre aquellos caballeros. Mi tio, que los seguia de cerca, se prepara á embestirlos; y yo he venido corriendo, señora Condesa, á buscaros; porque he creido que os alegrariais de saber donde estábamos.

Cond. ¿Y si Jorge necesita de ti?

Jaim. ¡Oh! no lo creo. Mi tio solo, vale por diez. Mire Vm., señora Condesa, yo os aconsejaria que os volvieseis al castillo; va á haber una zambra de mil diantres en el bosque; van á pelear; andarán á escopetazos, y temo que tengais miedo.

Cond. Escucha, Jaime.

Jaim. Señora.

Cond. Vuelve al instante á donde está tu tio: dale este bolsillo, y que le reparta entre sus gentes, como mi premio anticipado que doy á su valor y á su fidelidad: diles que les ofrezco otro tanto á su vuelta, si me traen al Conde Eduardo.

Jaim. Pero, señora, V. E. puede necesitar de mí; si os sucede alguna cosa, yo no tendré consuelo.

Cond. De ningun modo necesito.

Jaim. Con todo eso...

Cond. Nosotros, Isabel, volveremos á buscar el coche, é iremos al castillo á preparar mi venganza. (*vanse.*)

Jaim. ¡Ah! que maldito oficio, aqui estoy bien: yo no sé porque lado he de ir, si vuelvo á encontrar á alguno de aquellos caballeros... tienen unos sables tan largos... (1) ¡Calle! aqui está ya la corneta: me persiguen por todas partes, hácia este lado suena: pues escapemos por allí, y hagamos para no encontrar á mi tio hasta despues de la batalla. (*vase.*)

1 *Suena una corneta.*

ESCENA V.

Dik por la cabaña vestido de fiesta con un ramillete al lado.

Dik. ¡Dios mio, que chamusquina! todos los dias lo mismo. Despues que nuestro Duque ha venido á cazar á estos contornos, está el bosque hecho un infierno. Desde que amanece, no se oye otra cosa en todo el dia que ladridos de perros, relinchos de caballos, gritos de cazadores, cornetas... esto es una batalla. No me dejan dormir, y cuando no duermo lo que acostumbro, estoy no sé como: se me trastorna la cabeza y... se acabó: mañana cojo el atillo y me voy á hacer leña mas lejos. Pero ya es tarde, y mi muger no parece: este ramillete es para ella; porque hoy ha de volver, despues de tres meses que ha estado en el castillo con su tia la portera... Ahora que me acuerdo de su tia: si hubiesen conseguido colocarme en casa del Duque de Brebalden, nuestro amo... ¡que bueno seria esto! he tenido siempre aficion por bue-

nos empleos; y esta noche pasada he soñado que era portero de la casa del mayordomo de mi príncipe... (1) no me equivoco: la corneta.

ESCENA VI.

Ana, Andres, Aldeanos y Aldeanas.

Dik. Es por mi, ó por mi muger: ¡querida Ana! ¿ya estás aqui de vuelta de tu viaje? ten este ramillete que he dispuesto para ti, que hoy son tus dias; creí que estos tres meses duraban todo el año. Abrázame otra vez; pero ¿que tienes? ¿estás como asustada?

Ana. No es nada, no tengo nada.

Dik. ¿Como que no tienes nada? ¡estás tan descolorida!... ¡tú tienes alguna cosa!

Ana. Acabo de encontrar ahora unas figuras tan feas...

Dik. ¿Unas figuras?

Ana. ¡Quizás te burlarás de mí!

Dik. No quiero saberlo, porque puede ser

1 Suena una corneta.

que eso sea mas importante de lo que piensas.

Ana. ¿Que si es importante? y muy importante. Estoy segura que esas gentes tienen malas intenciones.

Dik. Cuéntamelo.

Ana. Voy allá: atravesábamos el bosque por el camino que va á la orilla del lugar, cantando y riendo á cual mejor, cuando al entrar en la encrucijada que está junto al castillo, oí unas como voces que hablaban muy quedo... ¡Virgen Santísima!... al punto nos detenemos. Juan, decia, que eran ladrones: Andres aseguraba que eran cazadores de contrabando: y mientras disputaban sobre el caso, se nos presentan de repente como una docena de esos tunantes, embozados hasta los ojos, que se ponian á mirarnos de pies á cabeza, con tal atencion, que nos hacian morir de miedo.

Dik. ¡Dios mio!

Ana. Quisimos acelerar el paso; pero me faltaba fuerza en las piernas. Aquellas figuras feas nos seguian de lejos, como que querian observarnos; y al llegar aqui, juraria que he visto tres ó cua-

tro que se colocaban por entre los árboles.

Dik. Entre... ¡entre los árboles! ¡Eh! ¡maldito bosque. (*ap.*)

Ana. Los cazadores de contrabando no van asi á docenas.

Dik. Calla, que vas á atemorizar á estas pobres gentes: yo no estoy muy sereno. Solos, y en lo espeso del bosque (*ap.*) Vamos, pobre Ana, que el miedo te hace ver el peligro donde no le hay. Imítame á mí... mira, á mí ninguna cosa me asusta.

Ana. Ya, porque tú eres hombre.

Dik. No hablemos de eso: pensemos antes en divertirnos por tu llegada. Mira, ninguna cosa hay mejor para espantar el miedo que bailar y beber. Amigos, no nos separemos; primero la ronda, y despues buen vino.

And. Sí, sí; primero la ronda, y despues buen vino.

Dik. Pero disimula el miedo: rie, canta y salta.

Ana. Me es imposible.

Dik. Ea, comencemos, amigos.

RONDA.

Cantan la primera copla, y despues de cada una bailan. El teatro se oscurece poco á poco; se forma una tempestad, que al fin del baile estará en toda su fuerza; se oyen escopetazos, y se van aldeanos y aldeanas.

Dik. ¿Que me dejan aqui? ¿Huis todos? Cobardes.

Ana. ¡Ay! esas son las figuras feas.

Dik. Animo. No perdamos la cabeza. Vamos á escondernos en el desvan. El diablo anda en cantillana; por vida de... que ahora no encuentro la llave.

Ana. Si está en la puerta.

Dik. Pronto, encerrémonos. Venga ahora quien quiera, á ninguno he de responder (1). (*vanse.*)

ESCENA VII.

Duque y Randolfo.

Duq. Chis, chis: Randolfo.

1 *La tempestad va calmando.*

Rand. Aqui estoy, señor Duque.

Duq. ¿Que te parece este lance? añade un no sé qué de novelero á mi situacion.

Rand. En efecto, correr sin esperanza, exponernos á mil peligros, recibir encima el rocío, las tempestades, helarse, pasmarse, morir de hambre...

Duq. Esas son frioleras, amigo mio, cuando nos aman.

Rand. ¿Y que quereis hacer ahora? la tempestad ha dispersado nuestra comitiva, y los escopetazos que hemos oido, me hace creer que ha llegado á las manos con los partidarios de la Condesa de Ribesdale. Estamos solos y extraviados, sin defensa, y á dos leguas de vuestro castillo de Brebalden (1).

Duq. ¿Y que puedo temer en medio de mis vasallos? es cierto que mi querida parienta se toma la libertad de hacer correrías en mis dominios, y que se porta conmigo con un poco de rigor.

Rand. En fin, ¿como hemos de salir de este laberinto?

Duq. Ya saldremos de él; pero no pienso

1 *Claro todo.*

volver al castillo de Brebalden, hasta haber librado á mi ama la Isabel del cautiverio en que la tiene esa cruel Condesa.

Rand. ¿En eso pensais? no hace mas de diez dias que V. E. ha tomado posesion de este ducado, que es parte de la herencia de su tio, y la nobleza de la corte no ha podido todavía mirar con atencion la fisonomía de su soberano; apenas habia V. E. llegado al castillo se ha ausentado, y la diversion de la caza ha servido de pretexto á V. E. para recorrer los bosques y acercarse á Ribesdale. ¿Que pensarán los habitantes de Brebalden? la inquietud va á apoderarse de ellos.

Duq. No les daré tiempo para eso; porque mi ausencia todo lo mas durará veinte y cuatro horas.

Rand. De ese modo vamos á ser durante veinte y cuatro horas verdaderos caballeros andantes.

Duq. Sí, voy á seguir los pasos. Vuestros antiguos paladines, y este partido, me dictan la prudencia y el amor. Si la Condesa de Ribesdale no pudiera oponerme fuerzas superiores, le haria guerra abierta; pero la lucha es desigual, y necesito

acudir á la destreza.

Rand. En fin, ¿cual es el proyecto de V. E.? ¿se dignará confiarle á su fiel escudero?

Duq. Escucha. La orgullosa Condesa ignora que Isabel, aquella sobrina joven que tiene consigo, es la causa inocente del rompimiento de nuestro matrimonio. Desde que vi á las dos, no vacilé en desechar la mano de la una, y conocí que mi felicidad dependia de la otra. Obligado á ausentarme, partí sin llevar la seguridad de que me amase mi querida Isabel; pero dejé en el castillo de la Condesa un hombre en quien tenia confianza, y mis cartas enviadas secretamente, consiguieron quitar los escrúpulos á la que adoro. Me ama, amigo mio, y este billete me lo asegura. Pero ¿como podré verla sin alarmar los zelos de su rival? ¿como podré arrancarla de su injusto poder?

Rand. En verdad que casi no estoy en estado de daros consejos en una circunstancia tan dificil.

Duq. Si pudiera conseguir á lo menos que llegase á sus manos una carta para prevenirle la conducta que habia de observar...

Rand. ¡Ah! alli veo una habitacion, y es una cabaña; aqui hallaremos acaso algun aldeano...

Duq. La esperanza de alguna recompensa podrá obligarle á servirnos.

Rand. Y durante su ausencia nos recobraremos de nuestras fatigas.

Duq. Muy bien pensado. Llamemos. Buena gente, abrid por favor á dos pobres viageros que ha extraviado la tempestad en este bosque. ¡No responden!

Rand. ¡Bueno! Señor Duque, no se manda abrir implorando la compasion. Ahora vereis. Hola, eh, muchacho, pronto, un cuarto, buena comida, dos camas, que pagaremos corriente.

Duq. El mismo silencio.

Rand. ¡Oh! esto ya es demasiado: yo les obligaré á responder. ¡Hola, eh! hola, mozo, muchacho...

ESCENA VIII.

Dik y Ana á la ventana.

Dik. Déjame hacer: voy á hablarles: yo... yo no temo á nadie.

Duq. Al fin, creo divisar...

Dik. Quien va.

Duq. ¡Ah! buen hombre: despache Vm. que nos hemos extraviado: estamos calados y fatigados. La tempestad nos ha cogido, y contamos con vuestra hospitalidad, que pagaremos bien: abrid pronto.

Dik. Ta, ta, ta, ta, ¡como quieren hacer de señores estas gentes de la nada! Ea, abra.

Rand. ¿Que es lo que dice?

Dik. ¿Que creeis que no os conocemos?

Duq. ¡Nos habrán descubierto!

Dik. Seguramente no os gusta, ¿he? ¿no es asi? pero no importa.

Duq. ¿Me conoces?

Dik. Si señor, y no es un famoso conocimiento.

Duq. ¡Miserable!

Dik. Sí, miserable, pero honrado: ¿está Vm.? idos; yo no sé como no os caeis de vergüenza: tan muchacho, ¡y tener ya un oficio tan ruin!

Rand. Este hombre ha perdido ya la cabeza.

Dik. ¿He perdido la cabeza? mira, Ana, ¿los ves bien á los dos?

Ana. Calla.

Dik. Pues mira, son de esa cuadrilla que asola las cercanías hace dos dias.

Duq. ¡Esa cuadrilla! ¡vaya que nos tienen por ladrones!

Dik. Sí, sí, y con tales señas, que el mas grande es el capitan, y el otro su sargento.

Rand. ¡Como, traidor!

Dik. Sí, por mas que Vm. haga, no me engañará con buenas palabras.

Duq. Infame, si rehusas abrir, témelo todo de mi cólera.

Rand. Si tardas mas tiempo, rompo la puerta.

Dik. Señores, señores, escuchen Vms. un momento: cuando dije que eran Vms. ladrones, pude equivocarme. Tienen Vms. un modo tan blando, tan cortés...

Duq. Elige al punto: ó abrirnos y recibir este bolsillo...

Rand. Ó morir á mis manos.

Dik. Señores, ya bajo: ahora conozco que son Vms. gentes honradas (1).

Duq. Voy á escribir al momento el billete

1 *Vase de la ventana.*

que han de llevar á Isabel.

Rand. Yo me encargo de instruirle.

SALE DIK.

Dik. Perdonen Vms., señores; crean Vms. que ha sido porque mi muger tenia miedo.

Duq. ¡Ah, pícaro! sino te necesitara... ¿tienes recado de escribir? (1)

Dik. Sí, Excmo. Sr.

Rand. ¡Ah, vergante! agradece á que me estoy cayendo de sueño. ¿Tienes buenas camas?

Dik. Sí, príncipe mio.

Duq. Sígueme, Randolfo. (*vanse.*)

Dik. ¿Pícaro? ¿vergante? Estos señores son muy amables. ¡Que tontería iba yo á hacer! ¡oh Dik, amigo mio! ¿si se verificará tu sueño? (*vase.*)

ESCENA IX.

Jaime, Jorge y su comitiva.

Jaim. Por aqui, digo... he visto uno.

1 *Le da el bolsillo.*

Jorg. ¿Estás seguro?

Jaim. Escondámonos en los alrededores: no son mas que dos, y vosotros sois mas: os aconsejo que aventureis el combate. Escuchad, el Duque es el que tiene el mejor vestido.

Jorg. Guardad el mayor silencio.

Jaim. Estamos en eso.

Jórg. Estad prontos á la primera señal.

Jaim. Ya lo sabemos (1).

ESCENA X.

Ana.

Ana. ¡Válgame Dios! ¡que hermosos vestidos, y que hermosos señores! ¡cuanto dinero han dado á mi marido! el pobre Dik ha perdido la cabeza: va, vuelve, lo confunde todo, y en medio de su turbacion, á los extrangeros les llama mi muger, y á mí me llama Excmo. Sr. ¡Oh! ese dinero le ha trastornado el juicio. Es preciso que sean dos Lores; y yo digo que de los escopetazos... El uno habla siempre con el sombrero puesto.

1 *Se retiran.*

ESCENA XI.

Sale Dik.

Ana. ¿Ya estás aqui? ¿y que hacen esos señores?

Dik. Chito, chito. El uno está escribiendo, y el otro durmiendo. ¡Si supieras lo que he descubierto!

Ana. ¡Que me atemorizas!

Dik. Estos dos señores no son lo que parecen: el uno es un Duque, y el otro su escudero.

Ana. ¡Duque! ¡como! ¿ese señorito tan lindo? ¡que contenta que estoy! deseaba tanto el verle...

Dik. Calla, mira; yo lo he adivinado al instante por su conversacion: y despues el grande me lo ha contado todo, diciendo que me necesitaba.

Ana. El Duque... ¡Ah! ahora, amigo mio, es la ocasion de pedirle un empleo.

Dik. ¡Oh! me lo concederá todo... tiene una cara de bondad... una gracia... ahora mismo me llamaba mentecato, con dulzura... de veras que me ha enternecido.

Ana. ¿Que es lo que llevas ahí?

Dik. Sus vestidos para secar. El pobre hombre estaba calado.

Ana. Dime, ¿que empleo podrás pedirle?

Dik. Estoy resuelto ha dejar al instante el oficio de leñador.

Ana. Sino tuviera portero...

Dik. Quita allá.

Ana. Ó cochero...

Dik. No tengo yo inclinacion á la caballería.

Ana. Acaso empleo de mayordomo...

Dik. Sí, que es de honor y provecho.

Ana. Mi pobre Dik, mi querido marido, ya te veo vestido como un príncipe.

Dik. En eso no está la dificultad, que me sentará bien, y he tenido siempre vanidad en el vestir. Mira, al instante tendré una capa como esta; en seguida una hermosa gorra con plumas (1), despues la espada: hola, esto realza á un hombre.

Ana. Y á mí tambien me darás vestidos bonitos, alhajas, encajes, un coche; me volveré loca.

Dik. Y despues hace uno de caballero, se

1 *Despues la espada.*

da tono: espera, mírame. ¿Ves? esto es dejarse llevar. Las espaldas encorvadas, los brazos caidos... ¡eh! asi voy bien, ¿no es verdad?

Jaim. Digo á Vm. que es él.

Jorg. En efecto, los vestidos...

Dik. Di á los criados que me traigan mi coche, porque he de volver esta noche al castillo.

Jorg. No hay duda, es el Duque.

Dik. ¡Hola! ¡He! Roberto, Frostan, Santiago, Tomas, Patricio, Juan... ¿donde andan estos bribones? ¿me dejan asi? ¡Ah, pícaros! os tengo de mandar ahorcar.

Jorg. Si hablais una palabra sois muerto.

Ana. ¡San Antonio bendito!

Dik. ¡Que me sucede!

Jaim. Yo le tenia por mas valiente. (*ap.*)

Ana. No nos hagais daño.

Dik. ¿Son estos señores de la comitiva del Duque?

Jorg. Fuera chanzas, y seguidnos al instante.

Dik. ¿Seguiros?

Jorg. Silencio.

Ana. ¡Dios mio, como le libraremos! pero buen pensamiento. (*ap.*)

Jorg. Vamos.

Ana. Señores, señores, despacio. Vms. se equivocan: este señor es el Duque de Brebalden, nuestro amo.

Jorg. Precisamente es el que buscamos. Huyamos, amigos.

Dik. Pero escuchen Vms.; digo que Vms. se equivocan. ¿Acaso tengo cara de príncipe? mírenme Vms. bien.

Jorg. Dejémonos de razones, partamos. (*vanse.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

El teatro representa un calabozo oscuro del castillo de Ribesdale. En el fondo hay una puerta aparente; á la derecha, y á la izquierda dos puertas escusadas, una mesa y una silla. Isabel con luz recatándose. = Oscuro.

Isab. ¡Nadie todavía! Pobre Eduardo: quizás en este momento está ya en poder de la Condesa: ¡y no puedo defenderle! ¡y no puedo participar de su infortunio!

Sino me amara estaria libre. Por sacarme de aqui se ha expuesto sin duda á tantos peligros, y yo seré causa de su desgracia. ¡Si pudiera encontrar algun medio para librarle de su suerte horrorosa... ¡Dios mio! la Condesa viene. ¡Ah! temamos que adivine mi secreto.

ESCENA II.

La Condesa y un Lacayo con luz.

Cond. Á ti buscaba, Isabel.

Isab. ¿Á mí, señora?

Cond. Sí, porque quiero que participes de mi alegría. Jorge acaba de enviar uno de los suyos á decirme que el Duque está en nuestro poder.

Isab. Ya no tengo esperanza. (*ap.*)

Cond. He dado orden de conducirle aqui, y de que ninguno del castillo pueda verle ni hablarle. Aquel valor tan soberbio va en fin á rendirse á las leyes de una muger. ¡Ay, Isabel! la llegada de Eduardo, y la idea de que va á estar cerca de mí, ha reanimado mi ternura. Experimento en este instante mil afectos diversos, y

conozco que todavía puedo perdonarle.

Isab. No desecheis ese pensamiento digno de una alma generosa. El cielo es quien os le inspira.

Cond. Sí, podré olvidarlo todo. Escúchame, Isabel: he resuelto no presentarme á Eduardo, porque esta entrevista seria penosa para ambos. Le enviaré por escrito mi voluntad; pero sobre todo deseo arrancar de su boca una confesion de la cual depende mi sosiego.

Isab. ¿Una confesion?

Cond. Seria inutil lisonjearme mas. Las repulsas, los menosprecios del Duque de Brebalden, nacen de una causa que no puedo dudar: un amor profundo le subyuga...

Isab. Que pensais...

Cond. Si una pasion violenta me le arrebata: hace mucho tiempo que me persigue esta idea, y he empleado mil medios para asegurarme de la verdad. Los criados de Eduardo, ganados por mis dádivas, han estado encargados de expiar todas sus acciones, pero no han podido darme ninguna noticia acerca de su fatal secreto.

Isab. Quizá os equivocais.

Cond. ¿Equivocarme? ¡Ah, que poco conoces el amor!

Isab. Si se confirmase ese presentimiento, podriais desear un enlace que no formaria el amor. ¿Y si su corazon no puede ser vuestro?

Cond. ¡Su corazon no puede ser mio! sí, sí, ya lo sé: pero esa rival odiosa es la causa, es el único obstáculo á mi felicidad, y sobre ella principalmente va á caer mi venganza.

Isab. Qué, ¿sin conocerla?

Cond. Ya la conoceré. Eduardo me la nombrará.

Isab. ¿Y venderia á la que ama?

Cond. Yo sabré obligarle á ello, y no le dejaré hasta que me haya dicho el nombre de la pérfida. Sí, la desventurada de esa indigna muger satisfará á un tiempo mis ofensas pasadas, y los males que estoy sufriendo.

Isab. ¡Que situacion! (*ap.*)

Cond. ¿Pero que ruido se oye? Él es sin duda; me retiro á mi aposento. Allí irás á buscarme, Isabel, porque quiero acabar de confiarte mis designios, y con-

certar los medios de asegurar su éxito. (*vase.*)

Isab. Si la Condesa supiese que soy yo esa rival desgraciada, mas digna de compasion que de temor, los lazos del parentesco no me librarian de su furia. Yo no debo guardar miramientos; es fuerza sacrificarme, ó salvar á mi amante. ¿Pero adonde encontraré apoyo? ¿de quien me atreveré á confiar?

ESCENA III.

Willams al bastidor, y luego sale.

Will. Ya podeis traerle, que está dispuesto su cuarto.

Isab. Es Willams el alcaide. El único que me ha manifestado (*ap.*) siempre algun interes. Si pudiera ganarle...

Will. Vamos á ver si está todo como me ha mandado (1). ¡Ah! ¿sois vos, señorita?

Isab. Si venia tambien á ver...

Will. Á ver si falta alguna cosa al prisione-

1 *Entrando.*

ro. ¡Oh! bien puede Vm. descuidar en mí.

Isab. Si lo creo.

Will. En cuanto á rigor, severidad, aspereza... quedareis contenta. Sé á lo que me obliga mi empeño.

Isab. Pero no te prohibirá sin duda suavizar la suerte de los desgraciados que te confian.

Will. La obligacion y la compasion, á fe mia que pocas veces se acomodan juntas. Pero van á traer aqui á ese señor, y es preciso...

Isab. Dime, buen Willams, ¿vienes ahora de verle?

Will. Si señcra, queda en la sala baja.

Isab. Estará muy triste, ¿no es verdad?

Will. Desolado.

Isab. Dime, ¿es un joven de buena presencia?

Will. Sí, bastante, buen muchacho.

Isab. Me alegraría mucho en verle.

Will. No lo dudo: una muchacha tiene siempre compasion de un buen muchacho.

Isab. Es muy natural.

Will. No puede ser mas natural. Pero vuestra tia, la señora Condesa, no lo halla-

ria tan natural. Me es imposible, absolutamente imposible.

Isab. ¡Como, mi buen Willams! ¡Ay! te lo agradeceria tanto...

Will. No señora. ¡Cáspita! No es chanza, yo quedaba perdido.

Isab. No deseo verle mas que un instante. Nadie sabrá que has tenido esta condescendencia, y me salvarás la vida.

Will. ¡La vida! ¡hola! eso es ya mas serio.

Isab. ¿No lo conoces en mi dolor? ¿en mi llanto? Tú que siempre te has manifestado tan celoso en servirme; tú que tantas veces me has jurado sacrificarte por mí... ¿me abandonarias, mi querido Willams?

Will. ¡Pobre muchacha! me parte el corazon. *(ap.)*

Isab. ¿Te enterneces?

Will. No, no me enternezco. Pero ¿por que diablos ha venido Vm. aqui á hacerme faltar á mi obligacion?

Isab. ¡Ah! ¿consientes en ello?

Will. ¿Acaso puedo yo negar á Vm. alguna cosa? Vm. hace de mí todo lo que quiere. Pero ya vienen. ¡Eh! al instante escape Vm. Luego nos veremos. Solo pro-

meto á Vm., y entonces me dirá Vm. ese gran secreto.

Isab. Sí, sí, á ti solo: porque aqui no tengo á ninguno á quien...

Will. Pero despache Vm., que los oigo subir.

Isab. ¡Él va á vivir en este cuarto!... ¡oh! ¡como me late el corazon! Vamos, no te enfades Willams, que ya me voy. Ya respiro: se salvará. (*vase.*) (1).

ESCENA IV.

Dik, Jaime y acompañamiento con hachas encendidas.

Dik. Vaya, ¿me han paseado Vms. bastante de sala en sala, y de corredor en corredor? no estoy acostumbrado á que me traigan al retortero de esta manera: ¿estan Vms.?

Jaim. Excmo. Sr., este es el cuarto. de V. E.

Dik. Ciertamente que si esta es la antecámara, lo demas ha de ser hermoso.

Jaim. Retirémonos.

1 *Claro.*

Dik ¿Que me dejan Vms. solo y sin luz?

Jaim. Debemos obedecer.

Dik. Amigos mios, mis queridos amigos, escuchadme... os ruego... estais equivocados...

Jaim. Excmo. Sr...

Dik. Vamos, no quieren soltar la presa. (*ap.*) Excmo. Sr. por abajo, Exemo. Sr. por arriba... Repito que soy tan Milord como vosotros... que no es ese mi estado. Yo hago haces de leña.

Jaim. ¿Haces de leña?

Dik. Sí, haces de leña; y me alabo de eso. Abastezco toda la ciudad, y sino pregúnteme Vm., que lo que toca á leña nueva, encina, abeto, tengo... tengo una vanidad de hacer la barba á todos los vendedores; no hay ninguno que haga los troncos como yo.

Will. V. E. quiere divertirse.

Dik. ¿Otra vez V. E.? estas gentes me han tomado por juguete. ¿Si me habrán preso por algunas deudillas? Veamos si he pagado al cocinero, al panadero... ¡Ah! ese maldito tabernero, porque no le he podido dar dinero el mes pasado... me habia ya amenazado con la carcel... Vaya...

señores, yo quiero hablar al amo...

Jaim. Ahí viene uno que os escuchará.

ESCENA V.

Vanse Jaime, Willams y acompañamiento, y sale Jorge.

Jorg. Salid todos.

Dik. No hay duda, aquella es la cuenta del año. (*ap.*)

Jorg. V. E. sabe sin duda...

Dik. Si señor, ya sé lo que Vm. quiere; y no era necesario meter tanta bulla... Si me hubiera Vm. dicho al instante de lo que se trataba...

Jorg. Mi señora, que me honra con su confianza, os envia...

Dik. Convengo en que he tardado un poco. ¡Que diantres! sino pagan, si tengo toda mi leña sin vender, y no traigo un ochavo...

Jorg. No os salvará esa astucia; leed.

Dik. ¡Que lea! Es preciso principiar preguntando si sé leer.

Jorg. Ya que V. E. se obstina en querer ocultarse, voy á leer: "La Condesa de Ribesdale á Eduardo, Duque de Brebalden."

Dik. ¿Que es eso? ¿que es eso? ¡Al Duque de Brebalden! ¿volveis á burlaros de mí?

Jorg. Y que V. E. quiere sostener...

Dik. Lo sostendré siempre: yo me llamo Dik.

Jorg. ¡Dik! ¡que subterfugio! (1)

Dik. ¡Canario! ¿y por que quiere Vm. que me mude el nombre? Es verdad que he recibido al Duque en mi casa; que me he puesto sus vestidos para secarlos: pero en cuanto á su nombre y á su persona es falso.

Jorg. Cesad de hacer un papel indigno de vos: ¿quereis oir la carta de vuestra parienta?

Dik. ¡Que testarudo! Veamos lo que dice.

Jorg. "Está en fin en mi poder el mas pér-
"fido de todos los hombres, y una pala-
"bra va á decidir su suerte. Sepa que
"una pronta satisfaccion puede solo re-
"parar las ofensas que me ha hecho. El
"altar está preparado: no tendrá ya otra
"eleccion, que el casamiento, ó la muer-
"te. = Ambrosia, Condesa de Ribesdale."

1 *Con desprecio.*

Dik. La muerte: ¿se chancea Vm. conmigo?

Jorg. Nada, es mas serio.

Dik. Malditos Vms.

Jorg. Podriais remediarlo todo aceptando la mano de mi ama.

Dik. ¡Ah! si en eso consiste, ¿por que no lo habeis dicho antes? Me casaria con Barrabás por no... Pero espere Vm., que me ocurre una pequeña dificultad. Si rehuso esa Condesa, me ahorcarán; pero si me caso con ella, me ahorcarán mucho mejor, porque tendré entonces dos mugeres.

Jorg. V. E. no está casado: lo sabemos perfectamente no puede ser.

Dik. Yo no sé si eso puede ser; pero sé muy bien que es asi.

Jorg. ¡Otra te pego! Estamos instruidos.

Dik. Estos desesperados nada quieren oir. Digo á Vm. que el Duque, que no soy yo, no está casado; pero yo, que no soy el Duque, lo estoy. El Duque, que no soy yo, no está aqui; pero yo, que no soy el Duque, estoy aqui; el Duque, que no soy yo... Vaya, Vm. me ha de volver loco.

Jorg. Voy á dar cuenta á mi ama de vuestras ideas. Sé que despreciais la muerte.

Dik. Yo no desprecio á nadie, ¿entiende Vm.?

Jorg. Dentro de dos horas volverán á saber vuestra respuesta. (*vase.*)

Dik. Pero escuche Vm. un instante... Ya se marchó. ¡Esto si que es tener mala suerte! morir, y morir por otro. ¡Y este Duque que no vendrá siquiera á sacarme de este atolladero!... ¡Que mal corazon! mientras estoy preso por él; mientras me van á horcar por él, mientras ocupo aqui su lugar, él ocupa el mio en mi casa, y se regala á la lumbre, y engulle mi comida. Estoy desesperado, ¡que apuro! ¡casarse ó ser ahorcado! Alguna puerta abren: tiemblo de miedo.

ESCENA VI.

Willams.

Will. ¿Milord Eduardo? ¿Milord Eduardo?

Dik. Vaya otra vez, que he vuelto á mudar el nombre. (*ap.*)

Will. ¿Estais ahí?

Dik. Yo creo que sí.

Will. Tranquilizaos : vengo á salvaros.

Dik. ¿Á salvarme?

Will. Hablad bajo que podrán oirnos. La señora Doña Isabel me ha confiado vuestros secretos, y aunque me arriesgue, estoy resuelto á emprenderlo todo y libraros del poder de vuestra enemiga.

Dik. ¡Ha buen hombre! ¿quien es esa Isabel?

Will. ¿Y me lo preguntas á mí? ¿no conoces en esta accion á la que os ama mas que á su vida?

Dik. ¡Vaya! todo el mundo me ama en esta casa: no importa: hablan de salvarme, y creo que haré muy bien en pasar por Eduardo.

Will. ¡Si supiera V. E. lo que ha padecido al oir la sentencia de la Condesa! no ha perdido ni un instante, ha enviado corriendo á vuestro castillo: los criados de V. E. lo saben, y al instante que lleguen, me encargo de introducirlos por esa puerta; V. E. los seguirá, y el cielo hará lo demas.

Dik. ¡Mis criados, mi castillo! (*ap.*) ¡Ah, amigo mio! ¿con que sabeis quien soy?

Will. Si señor, la señorita Doña Isabel me lo ha dicho todo.

Dik. ¿Y decis que mis criados?...

Will. Estarán aqui dentro de una hora. No engañeis á esa pobre criatura. ¿Sabeis que arriesga su vida y la mia por salvaros? ¿Es verdad que la amais mucho?

Dik. Si la amo: no la conozco: estoy loco, la adoro... la... tratad de sacarme de aqui.

Will. No se impaciente V. E.; voy á enviaros las provisiones para el dia, solamente para engañar al centinela, y dentro de una hora, á mas tardar, estará V. E. muy lejos, y yo tambien. (*vase.*)

Dik. ¿Estoy soñando? no, que bien despierto estoy. Que me maten si entiendo una palabra. Esta pobre señorita que me tiene por su Eduardo. Esta Condesa que quiere á viva fuerza que yo sea el Duque... ¿Que significa todo esto? Unos me quieren hacer ahorcar, otros quieren salvarme, y todo el mundo quiere casarse conmigo. Alguno viene: sin duda es el alcaide que me envia las provisiones; y no podian llegar á mejor tiempo, porque el cansancio y el miedo me han debilitado de tal modo...

ESCENA VII.

Duque.

Duq. Ya estoy por fin introducido. (*ap.*)

Dik. Por aqui, camarada: ponedlo todo encima de la mesa.

Duq. Él es: sí, sí, no me he equivocado. (*ap.*)

Dik. Y bien, ¿que es lo que hay? ¿otra nueva tramoya?

Duq. ¿Que no me conoces? mírame, mírame te digo.

Dik. ¡Ay Dios mio! esta cara... con esos vestidos... ¿si tendré telarañas en los ojos... Excmo. Sr.?

Duq. Silencio, ó somos perdidos.

Dik. Como soy que no lo entiendo. (*ap.*) Aqui hay algun duende. En este maldito castillo los leñadores se convierten en Milores, y los Duques en carceleros. Si esto dura me vuelvo loco.

Duq. Con el auxilio del alcaide, á favor de este disfraz he pasado por entre los guardas. Sosiégate que todo lo sabrás.

Dik. Despachemos á tomar las de villadiego.

Duq. No es ese mi designio.

Dik. ¡Como, señor! ¿no sabeis que atentan contra vuestra vida?

Duq. Ya lo sé.

Dik. ¿Que me van á horcar por vos?

Duq. Nada temas.

Dik. ¿Que vàn á venir á buscarme al momento?

Duq. Yo me encargo de todo.

Dik. De ese modo vamos á...

Duq. Vamos á quedarnos.

Dik. ¿A quedarnos? eso lo veremos.

Duq. Calla, necio. Si te oyeran... Escucha; suceda lo que quiera, sosten el papel que has comenzado, y no te descubras, porque va tu vida en ello y mi felicidad.

Dik. Señor, por el amor de Dios. Si habeis resuelto mi muerte, matadme antes, ahora mismo, y no me hagais penar (1).

Duq. Yo respondo de tu vida (2).

Dik. Las tres. Este es el momento en que van á venir á buscarme. Excmo. Sr., yo no me aparto de V. E.

Duq. Obedece, ó vas á morir. Mis criados no pueden tardar en llegar. En cuanto á

1 *Arrodíllase.*

2 *Dan las tres.*

mí no saldré de aqui sin Isabel. La puerta abren, silencio: ocultémonos detras de esta mesa (1).

Dik. ¡Ah, esta es mi última hora!

ESCENA VIII.

Jorge.

Jorg. Señor, preparaos á recibir á la Condesa que va á venir; y pensad que de esta conversacion ha de depender vuestro destino. (*vase.*)

Dik. De esta vez somos perdidos. La Condesa va á ver que no soy yo V. E.

Duq. Ea, al instante, dame esa capa. Llegó el momento de representar mi papel.

Dik. ¡Ah! de buena gana: la capa, la gorra, todo el equipage; ¿pero yo que he de hacer de mí?

Duq. Debajo de esta mesa: despáchate.

Dik. ¿Si ella llega á verme?

Duq. No me vengas ahora con reflexiones. Este tapete te ocultará; y cuidado con no dejar de escapar una palabra.

Dik. No hay miedo ( ).

1 *Apaga la luz.*

Duq. Ya vienen.

Dik. ¿Si volveré á ver mi pobre cabaña? (1).

ESCENA IX.

La Condesa y criados con luces (2).

Cond. Eduardo, yo habia jurado huir de vuestra presencia hasta el momento en que vos mismo hubieseis decidido de vuestra suerte: pero mi fatal amor no me ha permitido cumplir mi juramento: no he podido resistir el deseo de veros, de hablaros, y de procurar vencer obstinacion que os conduce á vuestra pérdida.

Duq. Agradezco ciertamente, señora, tanta urbanidad, pero no puedo corresponder á ella. El amor, ya os lo he dicho, huye de la sujecion y la esclavitud, y dudo mucho que se pueda ablandar á un amante cargándole de cadenas.

Cond. Ese tono irónico no me puede engañar. En vano procuras alucinarme acer-

1 *Á la mesa.*

2 *Medio claro.*

ca de tus verdaderos sentimientos. Los zelos son perspicaces, me lo han revelado todo, y conozco ya la causa de tus desdenes. Amas á otra.

Duq. Que, ¿y no es mas que eso?

Cond. ¡Que serenidad de ánimo!

Duq. Pero de todo os pasmais. Amaré á otra, y no me creeré culpable para con vos. ¿Será preciso que porque no puedo amaros, haya de renunciar las dulzuras de otro afecto?

Cond. Prosigue, ingrato, prosigue, que no gozarás mucho tiempo á ese amor.

Duq. ¿Quien se atreverá á ponerle obstáculos?

Cond. ¿Y tú lo preguntas, y en mi presencia? Yo conoceré tu odiosa dama; mi rencor la adivinará. Si suspendo mi justo castigo, solo es porque seas testigo de sus tormentos y de su dolor.

Dik. Esto va malo, muy malo. (*ap.*)

Cond. Quiero verte á mis pies implorar el perdon: entonces conocerás lo que puede el amor ultrajado.

ESCENA X.

Jorge.

Jorg. Señora, acabo de coger este papel de la mano de una de vuestras criadas, en el momento en que procuraba enviarle al preso.

Cond. ¿Al preso?

Duq. ¡Que contratiempo! (*ap.*)

Cond. ¿Si el acaso conducirá aqui á mi víctima?

Duq. ¡Desventurada! ¿si será ella? (*ap.*)

Cond. ¡Que es lo que veo! la letra es de Isabel: leamos.

Duq. ¡Gran Dios! (*ap.*)

Cond. ¿Creeré á mis ojos? "Todavía podemos librarnos del furor de nuestra enemiga. A Dios: cuenta siempre con el amor de Isabel." ¡Que traicion!

Duq. Señora...

Cond. Ingratos, no os librareis de mi rabia.

Duq. Ya que la casualidad os ha revelado mi secreto, haced que caigà sobre mí solo el peso de vuestra venganza.

Cond. Isabel, ¡quien lo hubiera creido jamas!

Duq. Yo soy quien la ha seducido. En nombre del cielo perdonarla.

Cond. ¡Tú te atreves á defenderla! ¡ah! cada palabra que pronuncias la hace mas culpable á mis ojos. Ha de expiar el amor que la tienes.

Duq. ¿Á vuestra sobrina?...

Cond. Será castigada con mayor crueldad.

Duq. Esperad. Si la vida de Isabel está amenazada, nadie podrá suspender los afectos de mi desesperacion. Isabel es mia por nuestros juramentos, y ya no pueden arrebatarla de mi ternura. No os dejo.

Cond. Dejadme.

Duq. Será forzoso perder mi vida por defenderla.

Cond. Detened sus pasos, que no huya de la prision. Cuando salgas de aqui, Isabel habrá ya pronunciado votos eternos, y no existirá para ti: pasará sus dias en llanto y pesadumbre, y no verá mas al indigno objeto de su cariño (1).

Duq. No hay que perder un momento: Isabel, vuelo en tu socorro.

---

1 *Vase con los criados.*

Dik. ¡Ay, Excmo. Sr.! ¿que vais á hacer?

Duq. Al instante vuelve á tomar tu disfraz y mi nombre, y guárdate de dejar este sitio.

Dik. ¿Que quieres que me exponga otra vez?

Duq. Willams, el alcaide, ha jurado servirnos, y este es el momento de experimentar su celo. Gran Dios, acaba tu obra, y haz á lo menos que yo muera, sino puedo salvar á mi querida Isabel.

Dik. Yo sigo á V. E.

Duq. Necio, yo respondo de ti: los soldados avisados por Isabel no pueden tardar en penetrar esta prision: tú los seguirás; y sobre todo prosigue haciendo mis veces, y conserva mi nombre hasta que yo vuelva. (*vase*).

Dik. ¡Ay! ya no nos volveremos á ver. Á Dios, príncipe mio. Todos los diablos se han citado aqui. Ya que me creía libre, estoy encerrado todavía con el vestido de Milord encima. Tan aturdido estoy de todo lo que he visto y oido, que no tengo fuerzas para sostenerme. ¡Ay, Dios mio! Siento pasos. Si vienen á buscar al Duque, de está no escapo.

ESCENA XI.

Sale Jaime con un farol.

Jaim. Vamos... volaba... ánimo... es forzoso manifestar aqui de lo que soy capaz: está solo y sin armas. (*ap.*)

Dik. ¿Si será este otro que quiere casarse conmigo? (*ap.*)

Jaim. Vienen á buscar al preso.

Dik. No tiene el semblante mas sereno que yo. (*ap.*)

Jaim. Me parece que da muestras de resistir. (*ap.*)

Dik. Tratemos de ganar tiempo. ¿Y que quieren al preso?

Jaim. Yo... lo que es yo no le quiero nada. Es la señora Condesa. Si el señor preso tiene la bondad de seguirme.

Dik. Espere Vm. un instante. Los criados del Duque (*ap.*) no vendrán. Amigo mio, es cierto, es cierto que vuestra ama...

Jaim. Es muy cierto.

Dik. Creí al principio que eso era una chanza.

Jaim. ¿Una chanza? esa muger nunca se chancea; y cuando ama á alguno...

Dik. Sí, se le pueden dar por muerto.

Jaim. Parece que os ama excesivamente: pero, señor, la hora se acerca.

Dik. Un instante, un instante. ¡Ah! me parece que oigo...

Jaim. ¡Si querrá defenderse! El miedo empieza á sobrecogerme. (*ap.*)

Dik. Sí, sí, ya vienen.

Jaim. Quizás habrá escondido armas. (*ap.*)

Dik. Ellos son.

ESCENA XII.

Un oficial, soldados del Duque y Willams por la puerta derecha.

Will. Venid, venid: no hay que perder un instante.

Ofic. Amigos, por aqui (1).

Jaim. Socorro, traicion (2).

Ofic. Mi príncipe, ordenad; venimos dis-

1 *Á los soldados.*

2 *Amenazando.*

puestos á pelear contra vuestra implacable enemiga.

Dik. Pensad antes, amigos mios, en sacarme de aqui. Han de estar por mí con cuidado en el castillo de Brebalden.

Ofic. Seguidnos, señor; primero moriremos que os arranquen de nuestras manos.

Dik. Á fe mia que S. E. saldrá de aqui como pueda. Él me ha mandado que prosiga haciendo de príncipe, y yo obedezco.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

El teatro representa un rico pabellon con columnas que ocupan el proscenio: el medio forma una calle de árboles que conduce al castillo fortificado de Brebalden, que se ve en el fondo del teatro: el pabellon está amueblado con lujo, y las columnas estan separadas unas de otras para que se distinga facilmente el resto de la decoracion: al levantarse el telon está durmiendo en el camapé Dik.

Dik. ¡Ay Jesus, que sueño he tenido tan

agitado! tambien desde ayer acá no veo más que puñales, calabozos, mugeres enamoradas de mí... ya estoy en mi aposento... pinturas... espejos... hermosos sillones dorados... vaya, sobre que es preciso confesar que es cosa muy deliciosa hacer el príncipe, sino se aventurase uno por fas ó por nefas á ser ahorcado... pero ¿como acabará todo esto? ¿debo descubrirme? No, S. E. no vuelve, y me ha dicho: "Suceda lo que quiera, "sosten el papel que has comenzado, y no "digas tu nombre." Es preciso conformarse. Lo que importa es que no me conozcan; y para eso hablaré lo menos que pueda. Los príncipes se hacen obedecer con una seña; yo haré lo mismo. Voy creyendo que esto no es tan dificil como se piensa... pero gente viene... Bajemos bien el sombrero, y subámonos el embozo de la capa hasta los ojos: esto es, y bien ¿quien viene ahora á incomodarme?

ESCENA II.

El Oficial.

Ofic. El Lord Rosquelni pide ser presentado

á V. E. ¿Se digna V. E. recibirle?

Dik. No, no tendria cuenta. (*ap.*)

Ofic. El tribunal espera tambien.

Dik. ¡El tribunal! ¿que será esto de tribunal? ¡ah! ya lo comprendo: es algun señor que se llama asi. (*ap.*)

Ofic. ¿Le mandaré entrar?

Dik. Al tribunal dile que vuelva.

Ofic. El nuevo secretario que V. E. ha encargado desea presentarse á V. E., y trae una carta del Conde Belton.

Dik. Ay que apuro de Barrabás: todo va á descubrirse. (*ap.*) (1)

ESCENA III.

Alberto.

Alb. Milord, V. E. (2).

Dik. No tiene traza de ser muy atrevido. (*ap.*) Quizá no será señor. Acércate joven. Dices que vienes... á... ¿que es lo que dices?

Alb. Señor, el Conde Belton me envia: le

1 *Hace seña que entre, y se va el oficial.*

2 *Tímido.*

habeis pedido que os elija un secretario, y se ha dignado poner los ojos en mí. Yo espero que mi celo y mi entendimiento justificarán su eleccion. Tomad su carta.

Dik. Bueno, bueno: la leeré despues. ¿De donde vienes?

Alb. De Idemburgo.

Dik. ¿De Idemburgo? ¿Como te llamas?

Alb. Alberto, Milord.

Dik. Me parece.,. sí; creo haberte visto en alguna otra parte.

Alb. No creo que V. E. me conozca, porque he salido de Escocia muy joven, y no hace mas que seis meses que el Conde Belton me ha traido de Londres.

Dik. No me conoce: bien puedo fiarme de él, bien. Alberto, tú me convienes mucho, y te recibo para servirme.

Alb. Excmo Sr., tantas bondades me confunden.

Dik. Parece que está contento. (*ap.*)

Alb. Me atrevo á asegurar á V. E. que no se arrepentirá del favor con que me honra.

Dik. Lo creo. Te harás digno del empleo que... ¡Ah! ¿sabes lo que tienes que hacer conmigo?

Alb. El Conde Belton me ha dado las instrucciones necesarias...

Dik. Está bien.

Alb. ¿Tiene V. E. alguna cosa que mandarme?

Dik. No, no: quédate aqui, porque estoy un poco cansado y algo malo, y no puedo hablar mucho tiempo. Si sobrevienen algunos negocios tú hablarás por mí (1).

ESCENA IV.

Dichos y un Criado.

Criad. Un pliego para V. E. (*vase.*)

Dik. Mira qué es eso, porque yo no me quiebro la cabeza en esas irenudencias.

Alb. Peticiones... reclamaciones.. sentencias que firmar... todo el trabajo está hecho...

Dik. ¡Firmar! cayó el pobre hombre.

Alb. ¡Ay! aqui hay un negocio de bastante importancia: dar una sentencia. "El llamado Dik..." (2)

Dik. ¡Dik! (*ap.*)

1 *Sale un criado y entrega un pliego.*
2 *Leyendo.*

Alb. Leñador de profesion...

Dik. Ese soy yo. (*ap.*)

Alb. »Acusado, despues de haber dado asilo »á V. E., de haberle entregado á los »criados de la Condesa..."

Dik. ¿Que es lo que dice, amigo mio?

Alb. Parece que es un desdichado, en cuya casa se detuvo ayer V. E.

Dik. ¿Un desdichado?

Alb. Si señor: vuestros criados han tomado informes, y estan de acuerdo en acusarle.

Dik. ¿Le acusan?

Alb. Formalmente. Las circunstancias parecen en efecto tan agravantes... en primer lugar Dik desapareció de su casa al instante que le llevaron.

Dik. ¡Canario! yo lo creo. (*ap.*)

Alb. Aqui hay, á la verdad, una declaracion á su favor, pero poco digna de fe: es su muger.

Dik. ¿La muger?

Alb. Declara que acusan injustamente á su marido.

Dik. ¿Y que mas?

Alb. Que está inocente.

Dik. Muy bien.

Alb. Confiesa que es tonto, testarudo, ambicioso, abrutado...

Dik. Al caso, al caso.

Alb. Pero hombre de bien.

Dik. Tiene razon.

Alb. Si señor: pero todas estas consideraciones ceden á las pruebas del crimen cometido contra la persona de V. E., y solo el tanteo de este informe, anuncia que la opinion pública ha condenado ya al delincuente.

Dik. ¿Condenado? á ser ahorcado, ¿no es asi?

Alb. Es imposible salvarle.

Dik. ¿Imposible?

Alb. ¡Oh! imposible: fuera de eso los jueces van á juntarse.

Di. Hay cosas que le hacen á uno morir de antemano mil veces por una. Si hablo una palabra para defenderme, me conocerán, y entonces no hay ya que esperar misericordia. (*ap.*)

Alb. La sesion no será larga para que V. E. esté indispuesto.

Dik. Eso es, van á despacharme mas aprisa para cuidar de mi salud. ¡Y este Duque que no parece! Si lo hará á propósito. (*ap.*)

Alb. Como es necesario seguir las fórmulas... (1).

Dik. Me harán morir con las fórmulas... esto si que es divertido. (*ap.*)

Alb. Estando ausente el culpable le juzgarán por contumacia.

Dik. Asi es quizá menos doloroso. (*ap.*)

ESCENA V.

Un Criado.

Criad. El Tribunal.

Dik. Alberto.

Alb. ¿Milord?

Dik. No te vayas: estate aqui junto á mí: mi indisposicion podrá impedirme... pierdo del todo la cabeza. (*ap.*) Ponte aqui, y acuérdame que quiero hacer todo lo posible para salvar á este Dik. Soy compasivo, y tengo motivos...

Alb. Eso basta, señor.

1 *Toma un libro.*

ESCENA VI.

Se pone junto á él. Los sillones para los jueces estan al lado opuesto. Salen Sir Houwén y muchos señores: le saludan todos, y Dik se levanta á cada reverencia. En esta escena Dik se pone de espaldas á Sir Houwen y demas señores, de modo que no le vean la cara. Contesta en voz baja.

Dik. Cuantas ceremonias para ahorcar á un hombre. *(ap.)*

Sir. Sin duda será penoso para el corazon de V. E., al tomar posesion de su Ducado, tener que egercer un acto de rigor con uno de sus vasallos; pero el interes de la autoridad lo manda imperiosamente.

Dik. Me parece que esto no se alargará mucho. *(ap.)*

Sir. Antes de todo, permítanos V. E., señor, felicitarle por su libertad, y contemplar la fisonomía augusta de un príncipe que amábamos tanto antes de conocerle.

Dik. Viejo cortesano; todos son lo mismo. *(ap.)*

Sir. Me atrevo á preguntar á V. E. ¿como ha pasado la noche?

Dik. Hum, hum.

Sir. ¿Ha olvidado V. E. sus fatigas?

Dik. ¡Oh!

Sir. ¡Cuanto ha sido nuestro sobresalto!

Dik. ¡Ah!

Sir. ¿V. E. está sin duda indispuesto?

Dik. ¡Maldito parlanchin! (*ap*.)

Alb. Señores, S. E. os ruega que tomeis asiento y empeceis la sesion (1).

Dik. Aqui te quiero escopeta. (*ap*.)

Sir. Señores, el acaecimiento que nos reune ante V. E. es de una importancia que hace mas sagrado que nunca nuestro ministerio; pues se trata de vengar á nuestro Duque de la perfidia de uno de sus vasallos. Vosotros habeis oido todas las declaraciones que estan conformes enteramente con las noticias que le han mandado tomar, y cuyo resultado está aqui... pero ¡que tumulto!...

(1) *Se sientan*.

ESCENA VII.

El Oficial.

Ofic. Señor, es preciso pensar en defendernos. La Condesa, furiosa porque habeis escapado de sus cadenas, viene al frente de sus vasallos: los conduce á la venganza, y les inspira su furor. La menor tardanza puede ser funesta.

Los Sres. Á las armas, á las armas.

Dik. Sí, á las armas.

Ofic. He reunido vuestros soldados precipitadamente, y arden por combatir. Venid, guiadnos, y la victoria es nuestra. (*vase.*)

ESCENA VIII.

Salen soldados y vasallos armados, y un criado trae el casco y espada para el Duque.

Dik. Me parece que voy á desmayarme. (*ap.*)

Sir. Dígnese V. E. tomar sus armas; pereceremos todos antes que esa muger audaz ose atentar á sus preciosos dias.

Alb. Póngase V. E. al frente de nosotros.

Dik. ¿Al frente de vosotros? es justo. ¡Ah! maldita gloria á lo que me expones (1).

Ofic. La Condesa se acerca.

Dik. ¿Se acerca, y no hay medio de retirarse? ¡Ay, Dios mio! ¡Si fuera permitido al general irse á esconder! (*ap.*) Amigos mios, que cada uno se muestre digno de su príncipe; y sobre todo que no hagan caso de mí, que yo saldré del apuro como pueda.

Sir. Ni tengo brazos ni pies. (*ap.*) Firme, amigos; yo estoy con vosotros. Avancen; marcha.

Vanse todos menos Dik. Marcha guerrera. Los soldados desfilan delante de Dik y señores por la derecha: se oye al instante el ruido de las armas. Dik aparenta seguirlos, y se queda en la escena.

Dik. Eso es; apaleadme esa canalla. Ya huyen. Bien dicen que todo depende del general. Descansemos un poco. ¡Ay, que mal oficio es la guerra! Les dejo el cuidado de perseguir los fugitivos, y yo

1 *Se pone el casco y armas.*

me quedo á socorrer los heridos. ¡Oh! bien: todavía se sacuden. ¡ Que batahola! ánimo, mantenerse firmes. ¡Ay, Dios mio! me parece que la ciscamos. La Condesa vuelve. No hay que titubear: encerrémonos en este cuarto, y quizá me contarán entre los muertos. (*vase.*)

ESCENA IX.

Corre á uno de los gabinetes del pabellon, abre la puerta y se encierra. Al momento que se presenta la Condesa, se ven huir los soldados y vasallos de Eduardo. La Condesa y soldados.

Cond. ¡El cobarde! ni siquiera ha tenido valor para defender sus vasallos. Ya es tiempo de que sufra el castigo que merece. Soldados, Eduardo se ha refugiado en ese aposento, é Isabel estará con él sin duda: que perezcan ambos, ya que el pérfido teme pelear contra una muger, y huye de mi presencia.

ESCENA X.

El Duque, Isabel, Ana, Randolfo y soldados desarman á los de la Condesa.

Duq. ¿Eduardo huir de vos? mal le conoceis, pues los vuestros quedan ya desbaratados.

Cond. ¡Gran Dios, que veo!

Todos. El Duque es.

Duq. El mismo.

Cond. ¡Que fantasma ha podido engañarme!

Dik. A mí, Excmo. Sr., que soy perdido.

Ana. ¡Virgen Santísima! es mi pobre Dik.

Duq. Socorred, salvad á ese infeliz.

Los Soldados echan la puerta abajo del gabinete, y sacan á Dik. Ana se arroja en sus brazos.

Cond. No puedo satisfacer mi rencor: ¿y Isabel?

Duq. Isabel es mi esposa.

Cond. ¿Tu esposa? ¡Ah! ¡gran Dios! todo me oprime; todos me venden á un tiempo.

Isab. Querido Eduardo, tu generosidad...

Duq. No temas nada, Isabel.

Cond. En tu poder estoy, véngate.

Duq. Jamas.

Cond. Tu interes lo exige.

Duq. El honor me lo prohibe.

Cond. ¿Que ni aun odio puedo inspirarte?

Duq. El cielo me colma de demasiados favores para que imite vuestras crueldades.

Dik. Excmo. Sr., Milord, V. E. (1).

Ana. Dignaos escucharle.

Duq. ¿Que hay, amigo mio? levántate.

Dik. No, Excmo. Sr. Es preciso primero que me digan si soy muerto ó no, porque empiezo á dudar si estoy vivo.

Duq. No temas nada, amigo mio. Este dia asegura nuestra felicidad comun. He logrado mas de lo que esperaba. Isabel es mi esposa, y á ti te lo debo.

Dik. ¿Á mí? no lo hubiera creido cuando me obligaban á viajar en lugar vuestro.

Duq. Gracias al disfraz que habia tomado; fui testigo de tu fuga y del desorden que ocasionó, y me aproveché del terror general. Isabel consintió en seguirnos; huimos, y llegamos aqui á tiempo de sal-

1 *Arrodíllase.*

varte, y defender á mis fieles servidores.

Dik. ¿Isabel? Pero escuchad, ¿que sea esta la señorita de quien tanto me han hablado en la prision?

Isab. Sí, mi querido Dik, tambien yo te debo mi felicidad.

Dik. Estoy lelo. Esto ha sido una brujería.

Duq. Condesa, yo olvido vuestra injusticia, os vuelvo la libertad y á vuestros vasallos. Vivid feliz, y si es posible, cesad de aborrecernos, que os lo perdonamos todo. Vosotros, amigos, que habeis participado de mis peligros, participad tambien de mi dicha. Tú, mi querido Dik, habla, pídeme lo que quieras: mi reconocimiento no tendrá límites, y para comenzar, quiero desde luego elevarte á...

Dik. ¡Ah! Excmo. Sr., temo la elevacion, desde que he cometido el error de subir demasiado alto; y prefiero, para mi tranquilidad, vivir por tierra.

Duq. Sea lo que tú quieras, yo me encargo de tu fortuna.

Dik. Como gusteis; pero no mas vestidos de Milord. Ya es tiempo, á fe, de que cada uno ocupe su puesto.

LISTA

DE LAS COMEDIAS MODERNAS

QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA LIBRERIA

DE D. ILDEFONSO MOMPIÉ.

Amalia, ó no todas son coquetas.
Para servirte me caso, ó la novia tapada.
Lechuguinos y Charlatanes, ó los majaderos en el garlito.
El Lechuguino de Beniaján, ó el Yesero.
Federico y Voltaire en la quinta de Posdan, ó lo que son los Sofistas.
La Fortaleza del Danuvio.
El Cruzado en Egipto.
El Amor Duende, ó como es Mendoza.
La Capilla en los Bosques.
El Alcalde de Sardam, ó los dos Pedros.
El Hombre Gris, ó sea el Ceniciento.
La Zoraida.
La Condesa de Castilla.
Pitaco.
El Imperio de la verdad, ó el Sepulturero.
Los Compadres codiciosos.
Atala, ó los amores del desierto.

Idomeneo.
La Filantropía ó la reparacion de un delito.
Los dos Valdomiros.
El Sueño, ó la Capilla de Glestorn.
El Bosque peligroso, ó los Ladrones de la Calabria.
Un Momento de imprudencia.
Blanca y Montcasin.
El Pelayo.
Los Comerciantes de Lisboa y Cadiz.
La Cabeza de Bronce.
Elmira, ó la Americana.
La Vieja y los dos Calaveras.
José Segundo en Saltzburg.
El Hombre de la Selva negra.
La Urraca Ladrona.
La Italiana en Argel.
La muerte de Luis XVI.
Cecilia y Dorsan.
El Médico á palos.
El Valle del Torrente.
El Abogado Embrollon.
La Recompensa del arrepentimiento.

Efectos de un mal ejemplo.
Elvira portuguesa.
Escuela de la amistad.
Escuela de los jueces.
Español y la francesa.
El que de ageno se viste.
En toas partes cuecen habas.
Es la Chachí.
Españoles sobre todo (2.ª parte).
Espiacion.
Felipe II.
Feria de Sevilla.
Flor de la canela.
Fulgencia ó los maniáticos.
Favorita (La).
Gombela y Suni-Ada.
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Guzman (tragedia).
Gemelos (Los).
Gonzalo de Córdoba.
Hipócrita.
Hipócrita pancista.
Hombre de la Selva negra.
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija del Cromwel.
Hijo de Cromwel.
Hijo del emigrado.
Ilusiones perdidas.
Infantes de Lara.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del honor.
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Joseliyo y la Serrana.
Juan el Feo.
Juana la Rabicortona.
Juzgar por las apariencias, ó una Maraña.
Jóven de sesenta años.
Jugador.
Loco de amor.
Lo que son mujeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Maton de Andalucía.
Mensajera.
Mérope.
Muerto vivo.
Marido jóven y mujer vieja.
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Mujer celosa.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimiento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (tragedia).
Mujer por fuerza.
Mujer varonil.
No hay que fiarse de compadres.
Novia tapada.
Numa (tragedia).
Numancia destruida (tragedia).
Novicio.
Opera y el Sermon.
Opresor de su familía.
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pagarse del esterior.
Para un apuro un amigo.
Parto de los montes.
Polilla de los partidos.
Primo y el Relicario.
Por amar perder un trono.
Pancho y Mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Penitencia en el pecado.
Posada de la madona.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Quien será su padre.
Rábula (tragedia).
Raquel (tragedia).
Rey Eduardo.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Rocío la Buñolera.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).

Secreto de una madre.
Solteron y la criada.
Sal de Jesús.
Tal para cual.
Tonta (La) ó ridículo novio.
Treinta años ó vida del Jugador.
Tio Pablo ó la educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Too es jasta que me enfae
Torero de Madrid.
Toros del Puerto.
Triana y la Macarena.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Urganda la desconocida.
Un año de matrimonio.
Un año despues de la boda.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento.
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y las calaveras, ó la posada.
Virginia.
Viuda de Padilla.
Zenobia y Radamisto.
Y otras muchas.

SAINETES.

Abate y el albañil.
Agente de sus negocios.
Alcalde de la Aldea.
Alcalde justiciero.
Alcalde proyectista.
Alcalde toreador.
Almacen de criadas.
Almacen de novias.
Ama loca y paje lerdo.
Amantes disfrazados.
Amigo de todos.
Amo y criado, y casa de vinos generosos.
Amor abandonado y paje desgraciado.
Andaluzas y manolo.
Anteojo (El).
Aspides (Los).
Astucia de la alcarreña.
Astucia de una criada.
Astucias conseguidas.
Astucia estudiantina.
Astucias desgraciadas.
Avaracia castigada, ó los segundones.
Avaro arrepentido.
A un engaño otro mayor, ó el barbero que afeitó el burro.
Baile desgraciado.
Bellos caprichos.
Besugueras.
Boda de Don Patricio.
Boda del tio Carcoma.
Burlador burlado.
Burla del pintor ciego.
Burla del miserable.
Burla del posadero.
Bandos del Avapies y venganzas del Zurdillo.
Buñuelo (tragedia burlesca).
Botero (tragedia).
Botellas del olvido.
Cada uno en su casa y Dios en la de todos, y no hay que fiar en vecino.
Café (El).
Calceteras (Las).
Calderero y la vecindad.
Callejon de la Plaza mayor.
Careo de los majos.
Casa de abates locos.
Y otros muchos.